

De la Escuela de *El Debate* al Instituto de Periodismo de Navarra

CARLOS BARRERA DEL BARRIO

Es lógico que quienes nos dedicamos a la enseñanza del periodismo y de las diversas profesiones de la comunicación en las aulas universitarias nos preguntemos por cómo se desarrolló el proceso de su implantación en España. No en vano se trata de un fenómeno relativamente reciente, máxime si lo comparamos con otros estudios universitarios de mayor raigambre y tradición. Se trata de una cuestión de decisiva importancia pues en ello ha estado y está en juego la formación de quienes han trabajado o en el futuro van a trabajar en las cada vez más variadas profesiones de nuestro ámbito.

Cuando personas como Ángel Herrera Oria se planteaban esta última cuestión en las primeras décadas del siglo XX, el Periodismo casi monopolizaba el mundo de los medios de comunicación, hoy mucho más complejo y diversificado. De ahí que las referencias históricas que voy a hacer se centren casi exclusivamente sobre la prensa escrita aunque sean transferibles, en cuanto al fondo, al resto de las profesiones de la comunicación que hoy en día constituyen un mundo emergente y en ebullición.

No es mi propósito realizar grandes desarrollos y conclusiones, más propias de un artículo científico. He optado, más bien, por presentar unas pocas reflexiones que sirvan de marco desde mi inevitable deformación profesional como historiador del periodismo y por tanto también del desarrollo histórico de su enseñanza como disciplina universitaria. Para ello deseo establecer ciertos paralelismos que considero sugerentes e interesantes entre aquella Escuela de *El Debate* que impulsó Ángel Herrera en 1926 y el Instituto de Periodismo que nació en 1958 en la Universidad de Navarra por impulso de San Josemaría Escrivá. Si la de *El Debate* fue la primera Es-

cuela organizada para la formación de periodistas en España, la de Navarra fue pionera en cuanto a la integración de sus estudios dentro de la institución universitaria en España.

Los inspiradores de ambas iniciativas tuvieron lo que podríamos llamar “intuiciones geniales” o clarividentes acerca de la importancia que para el desarrollo de una sociedad verdaderamente justa, humana y cristiana debía tener el periodismo y, por lo tanto, el papel primordial que debían desempeñar quienes estaban llamados a ejercerlo como su tarea profesional. Además, ambos contaron con valiosos colaboradores que pusieron en marcha e hicieron operativos los respectivos centros antes mencionados: cabe mencionar en especial al sacerdote salesiano Manuel Graña en el primer caso, y al catedrático Antonio Fontán en el segundo. Tanto Herrera como Escrivá vieron la necesidad de que los estudios de Periodismo estuviesen integrados en la Universidad como estudios de grado superior por muy diversas y poderosas razones que enseguida veremos. Y, finalmente, otro factor común lo encontramos en el hecho de que empezaron también de forma modesta: un Cursillo de Redacción para veinte alumnos en la Biblioteca de *El Debate* de marzo a junio de 1926, y un Curso de Verano sobre Periodismo y Cuestiones de Actualidad, de julio a septiembre de 1958 en el pamplonés edificio de la Cámara de Comptos Reales, primera sede de la Universidad de Navarra¹.

Es cierto, y cualquier mínimo conocedor de las biografías de ambos personajes lo hará notar, que sus itinerarios vitales fueron bastante distintos. Ángel Herrera fue durante muchos años periodista y director de periódico; Josemaría Escrivá nunca lo fue ni quiso serlo pues era otra su vocación. El primero vivió el Periodismo muy de cerca, en el día a día, llegando a ser con los años periodista afamado y reconocido por haber hecho de *El Debate* un gran periódico y una gran cantera de periodistas; el segundo, que vio el periodismo con simpatía, preocupación y afán apostólico al mismo tiempo, mantuvo relaciones de amistad personal con bastantes periodistas ya desde los años veinte.

Desde sus diferentes vivencias, desde los respectivos caminos por los que Dios les había llamado, los dos adquirieron pronto conciencia clara de lo importante que resultaba que los periodistas fuesen hombres bien formados desde el punto de vista humanístico, profesional, técnico y cristiano, para actuar conforme a su fe en tan crucial foro de debate público como el de la Prensa. No bastaba con la buena intención, ni con una buena cultura apologética cristiana: para ganar la batalla periodística, para influir en la opinión pública de su tiempo había que hacer, ante todo, buenos periódicos, y para eso se necesitaban buenos periodistas. Pero buenos no sólo en el sentido más común de la bondad personal sino simultáneamente en el más específico del

¹ Cfr. Manuel VIGIL YVÁZQUEZ, *El periodismo enseñado. De la Escuela de “El Debate” a Ciencias de la Información*, Mitre, Barcelona, 1987, pp. 31-33; Carlos BARRERA, “Notas para una historia del Instituto de Periodismo de la Universidad de Navarra (1958-1971)”, en *Comunicación y Sociedad*, vol. XV, nº 1 (2002), pp. 18-22.

prestigio y la reputación profesional de tal forma que pudieran ser respetados y admirados dentro de la profesión por sus colegas y por la opinión pública.

Tamaña empresa era complicada de realizar para un solo hombre. Herrera Oria confió en Manuel Graña, además de Francisco de Luis y Marcelino Oreja Elósegui, a quienes envió a Estados Unidos en 1920 para que bebieran del país americano directamente la experiencia de las exitosas escuelas de Periodismo que desde comienzos de siglo XX estaban creando la pauta de las enseñanzas sobre la profesión periodística en el mundo. Por su parte, Antonio Fontán, catedrático de Latín y universitario inquieto, comenzó a reunir a comienzos de los años cincuenta, por encargo de Josemaría Escrivá, un buen número de experiencias y materiales docentes de países europeos que visitaba con frecuencia para poner las bases de unos estudios universitarios para periodistas en Navarra. Ni en los años veinte, ni en los cincuenta existía en España tradición en la enseñanza universitaria del periodismo y hubo que buscarla, por tanto, allende nuestras fronteras².

En el otoño de 1926 echó a andar, tras la experiencia exitosa del “Cursillo de Redacción” en primavera, el primer curso de la Escuela de Periodismo de *El Debate*, la primera creada en España como tal. El banco de pruebas que constituyó el “Cursillo” sirvió para engrasar la máquina de una Escuela que tendría diez fructíferos años de vida. Demostró, por vez primera en España y por la vía práctica, que se podían “formar” periodistas y que, aun teniendo muchas veces un fuerte componente vocacional, el periodismo era también un oficio, una profesión que cabía enseñar. Tres décadas más tarde, en el verano de 1958 el “aperitivo” del Curso de Verano sobre Periodismo que se celebró en Navarra dio paso al plato principal del Instituto de Periodismo que comenzó en el otoño de ese mismo año y que, transformado en Facultad de Ciencias de la Información desde 1971, continúa lanzando cada año nuevas promociones de licenciados.

Ambas iniciativas tropezaron, como no podía ser de otro modo, con obstáculos, incomprensiones y bastantes dosis de escepticismo, que vinieron especialmente, todo hay que decirlo, por parte de la propia profesión. “El Periodismo, en España por lo menos, no se aprende”³, escribió Francos Rodríguez ni más ni menos que en el prólogo al libro de Manuel Graña sobre la Escuela de *El Debate* y sus planes de enseñanza en 1930. “Para escribir, como para torear (...) no valen leyes ni maestros”, corroboraba poco después César González Ruano⁴. Un colaborador de *El Liberal* escribió como llevándose las manos a la cabeza: “¡Escuelas de periodistas!”; y proseguía: “El poeta nace y el filósofo se hace. El

² Cfr. Romy FRÖHLICH y Christina HOLTZ-BACHA (eds.), *Journalism Education in Europe and North America. An International Comparison*, Cresskill, New Jersey, Hampton Press, 2003.

³ Prólogo de José FRANCOS RODRÍGUEZ al libro: Manuel GRAÑA GONZÁLEZ, *La Escuela de Periodismo. Programa y métodos*, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, S.A., Madrid, 1930.

⁴ *Gaceta de la Prensa Española*, nº 164, 15-febrero-1965.

periodismo no se aprende en los libros”⁵. El componente exclusivamente vocacional y autodidacta seguía primando muy mucho sobre el profesional, y de ahí que Herrera y los suyos tuvieran que nadar a contracorriente en su empeño. Era mayoritario en la España de entonces el pensamiento de que la formación de los periodistas debía ser adquirida básicamente a través del trabajo mismo y en el seno de las redacciones.

En la década de los años sesenta, a pesar de que la Escuela Oficial de Periodismo llevaba dos décadas de funcionamiento, si bien no excesivamente exigente, todavía se seguían encontrando poderosas resistencias a admitir la necesidad de una formación previa, y además universitaria como era el caso de la impartida en Navarra, para ser periodista⁶. En una carta que en 1964 un antiguo alumno recién graduado escribió al entonces director del Instituto de Periodismo, Ángel Benito, le decía describiendo el ambiente que encontraba en la redacción del periódico en el cual había empezado a trabajar:

«Hay gente en ella que odia secretamente a los que alguna vez estudiaron (lo del título también hace pupa, aunque externamente se burlen de las Escuelas y 'todo eso') y desbaratan sistemáticamente cualquier intento de hacer las cosas con cierta profundidad. Ya me he dado cuenta de este juego. Les gustaría que todo el mundo pensase como ellos (...) y que olvidásemos lo aprendido (incluida la Historia del Periodismo del siglo XVIII) para dominarnos a su antojo. Y por eso a este tipo de gente le molesta todo lo que huelga a dato y a Instituto de Periodismo. En el fondo les molesta su inferioridad»⁷.

Se trataba de una percepción subjetiva si se quiere pero llena de ímpetu juvenil y conciencia de que las cosas estaban cambiando porque así lo exigía la profesionalidad de una tarea de creciente relevancia en la esfera pública.

Hoy pocos pueden dudar con un mínimo de seriedad la necesidad que el mundo de la comunicación tiene de ser analizado como un objeto de investigación científica y académica en las facultades de Comunicación, al mismo tiempo que éstas ponen todos sus medios para que los estudiantes reciban una formación y adiestramiento prácticos que les permitan una inserción laboral posterior lo más acomodada posible a lo que el mercado exige. Pero eso no ocurría en los años veinte cuando Ángel Herrera proclamaba, como un auténtico precursor, la necesidad de que los estudios para periodistas se integraran con los de “aquellas facultades que enseñan ciencias morales y políticas”. Presentía que dichos estudios se refundirían en la Universidad y adquirirían así “una verdadera autoridad en el mundo”. Y concluía diciendo: “De no hacerlo así, será una lamentable equivocación, porque equivaldrá a tanto como a

⁵ *El Liberal*, 8 de noviembre de 1935.

⁶ Cfr. Carlos BARRERA, “Las dificultades de los comienzos en la enseñanza universitaria del periodismo: el Instituto de Periodismo de la Universidad de Navarra (1958-1971)”, en Carlos BARRERA (coord.), *Del gacetero al profesional del periodismo*, Fragua/Asociación de Historiadores de la Comunicación, Madrid, 1999, pp. 241-255.

considerar la Universidad como un edificio sin ventanas, que no tenga contacto alguno con el mundo exterior que le rodea”⁸. Gracias a Dios no se ha cometido esa “lamentable equivocación” aunque el camino desde entonces no fue fácil.

Aquellas palabras de Herrera Oria, escritas en 1927, puede decirse que resonaban de alguna manera en otras que, cuarenta años después, un 7 de octubre de 1967, pronunció Josemaría Escrivá con ocasión de la investidura del profesor alemán Otto Bernard Roegele, director del Instituto de Ciencias de la Información de la Universidad de Munich, como doctor *honoris causa* por la Universidad de Navarra. Resaltó cómo la Universidad, en su afán de “responder a las nuevas necesidades y exigencias de la realidad social (...) se abre ahora en todos los países a nuevos campos, hasta hace poco inéditos, incorpora a su acervo tradicional ciencias y enseñanzas profesionales de muy reciente origen y les imprime la coherencia y la dignidad intelectual, que son el signo perdurable del quehacer universitario”. Y señalaba a continuación que uno de esos nuevos campos eran “las Ciencias de la Comunicación Social, de tan decisiva influencia en el mundo contemporáneo”, que –concluía el entonces gran cancellor– “han conseguido merecidamente carta de ciudadanía universitaria”⁹.

Desde un punto de vista legal, sólo a partir de 1971 se erigieron las facultades de Ciencias de la Información en España y los estudios de periodismo alcanzaron así, ya con plena validez y reconocimiento, esa “carta de ciudadanía universitaria”. Lo que Ángel Herrera pudo sólo entrever y proponer pero no realizar, en los años setenta se pudo hacer finalmente realidad por la confluencia de muy distintos factores. Su sueño se pudo hacer al fin realidad. Hubo que andar muchas veces contra opiniones contrarias porque ni el ambiente político, ni el universitario ni el profesional periodístico ayudaban, pero quienes se empeñaron en ir abriendo caminos al final obtuvieron su recompensa.

Quiero terminar con una consideración que me parece de justicia realizar y que es plenamente congruente con estas breves pinceladas de historia de la enseñanza del periodismo en España que acabo de trazar. Cuando, en determinados ambientes intelectuales, tantas veces se define “lo católico” como algo retrógrado, opuesto a la modernidad y al progreso, es hora de que se reconozca la labor que en tantos ámbitos, y muy concretamente en este al que nos referimos de la enseñanza del periodismo, han tenido y siguen teniendo los católicos, prestando un servicio de primera magnitud a la dignificación de toda la profesión periodística y por tanto también a toda la sociedad española, beneficiaria última de la creciente profesionalidad de quienes trabajan en los medios de comunicación.

⁷ Carta de M.B. a Ángel Benito (22-3-1964); en Carlos BARRERA, “Las dificultades de los comienzos...”, p. 252.

⁸ Manuel VIGIL Y VÁZQUEZ, *op. cit.*, p. 35.

⁹ Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad, Eunsa, Pamplona, 1993, p. 91. También en *Nuestro Tiempo*, nº 162 (diciembre 1967), p. 597.